



# LOS VIAJES DE *Francisco*

Conversaciones con Su Santidad



ANDREA TORNIELLI

# LOS VIAJES DE FRANCISCO

CONVERSACIONES CON SU SANTIDAD

Andrea Tornielli

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *Francesco. In Viaggio*

© Andrea Tornielli, 2017

© de la traducción, Tomás Serrano Coronado, 2017

© Edizioni Piemme Spa, Milano, 2017

Pope Francis interview - © 2017 Librería Editrice Vaticana, Città del Vaticano  
[www.edizpiemme.it](http://www.edizpiemme.it)

Este libro fue negociado a través de Ute Körner Literary Agent, Barcelona,  
[www.uklitag.com](http://www.uklitag.com)

Derechos mundiales en español

Publicado mediante acuerdo con Edizioni Piemme S.p.A. Via Bianca di Savoia 12, 20122 Milán, Italia y/o Ute Körner Literary Agent, S.L.U. C/ Aragón, 224, pral. 2 08011 Barcelona, España

© Editorial Planeta Mexicana, S. A. de C. V., 2017

© Editorial Planeta, S. A., 2017

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

[www.editorial.planeta.es](http://www.editorial.planeta.es)

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Primera edición: septiembre de 2017

Depósito legal: B. 16.567-2017

ISBN: 978-84-08-17248-2

Preimpresión: J. A. Diseño Editorial, S. L.

Impresión: Unigraf

Printed in Spain – Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**

# Índice

<i>Introducción. Lampedusa, puerta de entrada a las heridas del mundo</i> . . . . .	9
<i>La viejecita de piel de pergamino. Entrevista al papa Francisco sobre sus viajes</i> . . . . .	13
1. Con los jóvenes en Brasil . . . . .	27
2. En Tierra Santa con Bartolomé . . . . .	43
3. Corea, viaje a la Iglesia fundada por laicos . . . . .	59
4. Tirana, en la tierra de la madre Teresa . . . . .	73
5. <i>Toccata</i> y fuga en el corazón de las instituciones europeas . . . . .	81
6. San Pedro visita a su hermano san Andrés (en los límites del califato) . . . . .	87
7. Sri Lanka y Filipinas: un Papa en el corazón de Asia . . . . .	99
8. Sarajevo, viaje relámpago a la «Jerusalén de Europa» . . . . .	119
9. En la periferia de América . . . . .	127
10. Cuba, la puerta de Estados Unidos . . . . .	151
11. Anticipo del Jubileo en el corazón de África . . . . .	187
12. México y el histórico abrazo de Cuba . . . . .	217
13. Lesbos, una sacudida a la conciencia de Europa . . . . .	253

14.	Armenia, memoria para la reconciliación . . . . .	269
15.	Polonia, el abrazo con los jóvenes y el silencio en Auschwitz . . . . .	293
16.	Georgia y Azerbaiyán. De visita a la pequeña grey . . .	319
17.	En Lund, para un nuevo inicio con los luteranos . . . .	333
18.	<i>En las alturas, a rienda suelta.</i> Lo que no se ve durante los viajes en el avión papal . . . . .	339

## Con los jóvenes en Brasil

Brasil fue el primer viaje internacional de Francisco, aún en plena «luna de miel» mediática. El organizador de los viajes papales, el laico Alberto Gasbarri, de la dirección administrativa de Radio Vaticano, había empezado a prepararlo para Benedicto XVI sin saber, como todo el mundo en el Vaticano, excepto Georg Gänswein y el secretario de Estado, Tarcisio Bertone, que hacía meses que el papa Ratzinger había decidido ya su clamoroso gesto de la renuncia.

Uno de los motivos que desencadenó la decisión de Ratzinger fue precisamente ese largo viaje internacional para el encuentro con los jóvenes de Río de Janeiro. Lo revelaría el mismo Papa emérito en una entrevista con su biógrafo, Elio Guerriero: «Había numerosas tareas que yo no consideraba poder llevar a cabo. En particular, ya había sido acordada la fecha de la Jornada Mundial de la Juventud, que debía realizarse en junio de 2013 en Río de Janeiro. Ahora bien, al respecto yo tenía dos convicciones muy precisas. Después de México y Cuba [marzo de 2012] no me sentía capaz de efectuar un viaje tan lleno de compromisos. Además, con las características que Juan Pablo II había imprimido a estas jornadas, la presencia física del Papa era indispensable. No se podía pensar en una retransmisión televisiva o en otras formas de comunicación propiciadas por la tecnología. También esta era una circunstancia por la que mi renuncia era un deber».

De esta manera, así como para Ratzinger el primer viaje inter-

nacional de trabajo había sido a Colonia, su tierra alemana, para la JMJ decidida por Juan Pablo II, también Francisco se encuentra frente a un viaje programado por su predecesor y que representa su primer retorno a América del Sur después de su elección.

Es normal que antes de un viaje del pontífice se envíe por avión con mucha antelación el papamóvil al país que visita. Así, también esta vez, un vuelo militar dispuesto por el gobierno brasileño está listo para ir a Roma a buscar el pesado automóvil de cristales blindados que usa el Papa en sus viajes al extranjero.

«El papamóvil aún no había partido», nos explica Gasbarri, «y, un día, el Santo Padre me llama por teléfono para introducir algunos cambios en el programa». Francisco añade a la agenda la visita al santuario mariano de Aparecida, donde en 2007 se realizó la última gran reunión del episcopado latinoamericano, y decide sacrificar otras posibilidades, como una visita al Corcovado, el monte que se erige en Río con la colosal estatua de Cristo con los brazos abiertos. En esa conversación telefónica, Bergoglio le dice al organizador del viaje:

—Oiga, señor Gasbarri, ¿le puedo decir algo? ¡Yo, en esa caja, no voy a meterme nunca!

—Disculpe, Santo Padre, ¿de qué caja habla?

—De esa a la que ustedes llaman «papamóvil».

Precisamente esa mañana, antes de la llamada, Bergoglio se había hecho acompañar por uno de sus asistentes de cámara al aparcamiento y lo había probado. Gasbarri cuenta: «Traté de convencerle por motivos de seguridad: cuando el Santo Padre está en el papamóvil, está más seguro. Traté de replicar a sus objeciones diciéndole: “Lo entiendo, pero déjeme hacer algo. Yo llevo el papamóvil; si usted quiere usarlo, lo usa; si no quiere, no lo usa”. Me respondió que lo podía llevar, pero que no lo usaría. De modo que no lo llevé, no permití que se lo llevaran. Ya había empezado a conocerlo un poco, sabía cuándo era posible convencerlo y cuándo no. Quiso un automóvil abierto como el que usa en la plaza de San Pedro».

Para los demás viajes, el Papa dispone que sean autos no blindados y, a ser posible, no lujosos.

Menos de un año más tarde, en 2014, el mismo Francisco confirmaría públicamente las razones de esta decisión en el curso de una entrevista para el diario español *La Vanguardia*: «Sé que me puede suceder algo, pero todo está en manos de Dios. Recuerdo que en Brasil me prepararon el papamóvil cerrado, con el cristal. Sin embargo, no puedo saludar a un pueblo y decirle que lo amo adentro de una lata de sardinas, aunque sea de cristal. Para mí es un muro. Es cierto que me puede suceder algo, pero, seamos realistas, a mi edad no tengo mucho que perder».

Desde entonces, el papamóvil blindado, que pesa cuatro toneladas, con vidrios de cinco centímetros de espesor, superpuestos y resistentes —dicen— incluso a las balas de un kaláshnikov, permanece sin usar en el aparcamiento. Y, no obstante las puntuales y repetidas objeciones de los servicios de seguridad de los países visitados, de Estados Unidos a Israel, de Sarajevo a la República Centrafricana, Francisco nunca se ha subido a un coche blindado: los escogidos para los recorridos rápidos han sido siempre coches de tamaño medio.

La mañana del 22 de julio, el primer vuelo del pontificado de Bergoglio despegó de Fiumicino. Francisco saluda a cada uno de los periodistas y habla poco sobre la JMJ: «Este primer viaje es justamente para encontrarme con los jóvenes. Pero no aislados de su propia vida: me gustaría encontrarlos en el tejido social, en la sociedad... Los jóvenes tienen una pertenencia, pertenecen a una familia, a una patria, a una cultura, a una fe. ¡Tienen una pertenencia! Y no debemos aislarlos, no debemos aislarlos de toda una sociedad».

A la llegada, en cuanto salimos del aeropuerto, un imprevisto. Francisco debe ir al Palacio Guanabara de Río de Janeiro para la visita a la presidenta de la República, Dilma Rousseff. Bergoglio sube a un pequeño Fiat Idea, y el séquito, con la escolta de coches y la policía, se introduce en las calles de la metrópolis brasileña, de siete millones de habitantes. Mucha gente espera su paso. Pero, en algún punto, el coche que guía el cortejo se equivoca de



camino y toma en sentido contrario una avenida donde hay estacionados algunos autobuses. Se produce un embotellamiento y una multitud de fieles se acerca al Papa. Son momentos de tensión, aun cuando nadie quiere hacer daño a Francisco. Los guardias vaticanos tratan de contener el pacífico asalto. El Papa sonríe, baja mecánicamente la ventanilla del coche, que no tiene elevación eléctrica, saluda y estrecha manos. Alguien llegó a decir que el comandante de los guardias, Domenico Giani, sacó una pistola para intimidar a la multitud: nada más falso. Al contrario, será precisamente él quien permita que se acerque una joven mujer con un niño para que salude al pontífice.

Hicieron falta doce largos minutos, con continuas interrupciones, para recorrer 500 metros, mientras se creaba una marea humana cada vez más grande, corriendo el riesgo de aplastar a los guardias contra los costados del automóvil. «Los medios dieron una versión novelada de ese episodio —nos cuenta el comandante Giani—, pero es cierto que, en un momento, después de diez minutos de estar detenidos y con tanta gente a la que él hubiese querido saludar, Francisco me dijo: “Me bajo y sigo a pie”. Yo le respondí: “Santidad, no creo que sea oportuno”. Por fortuna, la situación se estaba resolviendo y él esperó».

Los momentos de tensión vividos por el aparato de seguridad en Río de Janeiro no son una novedad en la historia de los viajes papales. En 1979, durante el primer viaje internacional de trabajo de Juan Pablo II a México, el gran vehículo descubierto en el que viajaba el Papa se equivocó de camino y, de pronto, se encontró sin escolta. Otro momento de miedo por la presión de la multitud sobre el Papa polaco tuvo lugar en Manila, en 1995, durante la JMJ; fue difícil incluso el aterrizaje del helicóptero en el que se encontraba Wojtyła. Todas las calles estaban bloqueadas; se habían roto los cordones del ejército que debían mantener libre el acceso al papamóvil, y la explanada donde la aeronave tenía que posarse también había sido invadida totalmente por la gente.

Con todo, el momento más dramático sigue siendo el que vivió Pablo VI en enero de 1964, con motivo de su histórico pere-

grinaje a Jerusalén: el primer viaje de un Papa al extranjero en la época contemporánea. A la llegada a la Puerta de Damasco, la multitud separó al Papa de su séquito, y Montini, que quería recorrer a pie la Vía Dolorosa hacia el Calvario, se vio completamente cercado y casi derribado por una marea humana. Las imágenes muestran al pontífice de Brescia rodeado por soldados mientras es llevado de un lado a otro por los callejones de la Ciudad Santa. Pálido pero sonriente, Pablo VI pudo llegar indemne a su destino, el Santo Sepulcro, donde celebraría misa. Esa noche, el padre Giulio Bevilacqua, amigo del Papa, reveló a un grupo de periodistas reunidos afuera de la delegación apostólica de Jerusalén un pensamiento que Montini le había confiado años atrás: «Sueño con un Papa que viva libre de la pompa de la corte y de las prisiones protocolarias. Por fin solo en medio de sus diáconos». Por eso, concluyó Bevilacqua: «Estoy convencido de que hoy, a pesar de haber sido arrastrado por la multitud, él está más contento que cuando sale a San Pedro en la silla gestatoria entre las alabardas de los guardias y las púrpuras de los cardenales».

Exactamente como hoy ocurre con Francisco, quien frente a la presidenta y a las autoridades brasileñas dice: «He aprendido que para tener acceso al pueblo brasileño hay que entrar por el portal de su inmenso corazón; que me sea permitido, pues, en este momento, llamar delicadamente a esta puerta. Pido permiso para entrar y pasar esta semana con ustedes. Yo no tengo ni oro ni plata, pero traigo lo más valioso que me ha sido dado: ¡a Jesucristo!».

Después de un día de descanso y de encuentros privados, el 24 de julio el Papa se dirige a Aparecida. El santuario mariano más importante de Brasil, que se encuentra en el Estado de São Paulo. Allí se venera una imagen de 40 centímetros de la Virgen negra, que fue encontrada por tres pescadores en tres pedazos en el río Paraíba en octubre de 1717. La tradición sostiene que es negra porque quiere permanecer cerca de los oprimidos, y el hecho de haber sido pescada en pedazos recuerda la vida rota por la esclavitud.

Es un lugar que Francisco quiere mucho porque precisamente allí, seis años antes, siendo arzobispo de Buenos Aires, le había sido encargado presidir el grupo de trabajo para la redacción del documento final de la conferencia del Celam, la asamblea general del episcopado latinoamericano, una cita que puso de manifiesto a nivel continental el liderazgo del entonces cardenal Bergoglio.

La reunión del Celam de 2007 fue la primera realizada en un santuario mariano y, según Bergoglio, el haber estado en contacto diario con los fieles —cada año se cuentan por millones— había condicionado el trabajo de los obispos y les había hecho entender la importancia de la devoción y la piedad popular. «Celebrar la eucaristía junto al pueblo es distinto a celebrarla por separado entre nosotros, los obispos. Esto nos dio un vivo sentimiento de pertenencia a nuestra gente, a la Iglesia que camina como pueblo de Dios, a nosotros, los obispos, como sus servidores».

El documento final de Aparecida contenía las palabras clave y los mensajes que ahora Francisco transmite a toda la Iglesia. El punto de partida es la invitación a la misión: «Para seguir siendo fieles hay que salir. Permaneciendo fieles se sale». «En el Evangelio —sintetizaba el difunto cardenal franciscano Aloísio Lorscheider, que fue arzobispo de Aparecida—, los encuentros más bellos de Dios con la humanidad ocurren en la calle. Siglos de historia de cristianismo no nos dicen otra cosa».

Hace frío y está lloviendo cuando el Papa llega al imponente santuario mariano. Celebran con él cientos de obispos. «Jesús nos ha mostrado que el rostro de Dios es el de un Padre que nos ama», dice Francisco en la homilía. «El pecado y la muerte han sido derrotados. ¡El cristiano no puede ser pesimista! No tiene la cara de quien parece encontrarse en un luto perpetuo. Si realmente estamos enamorados de Cristo y sentimos que nos ama, nuestro corazón se “inflamará” de una alegría tal que contagiará a cuantos viven cerca de nosotros».

Una gran multitud espera afuera al Papa, que al finalizar la misa se dirige a la galería que da al exterior llevando consigo la figura

de la Virgen. Una imagen elocuente, que conmueve. No se limita a llevarla consigo para mostrarla a la multitud que ha pasado horas bajo la lluvia en la explanada. Primero la besa y luego casi la arrulla, sosteniéndola en brazos como si se tratara de un niño.

El Papa está acostumbrado a despertarse poco después de las cuatro de la mañana, así que necesita tomar una siesta después de la comida, un descanso que el presidente argentino Juan Domingo Perón definía como una «obligación casi litúrgica» que le permitía tener casi «dos mañanas» cada día. Pero ese 24 de julio, Francisco debe renunciar a su siesta. ¿Compromisos de Estado? No. ¿Una cumbre repentina con los cardenales? Tampoco. Quienes le impiden el descanso de mediodía son unas monjas de clausura, con su entusiasmo e insistencia. En efecto, un grupo de monjas espera en el seminario de Aparecida, donde Bergoglio llega después de la ceremonia. «Uno creería que las religiosas son silenciosas y tranquilas —comenta con ironía el padre Federico Lombardi—. En cambio, a pesar de que estaban en el patio del seminario y estaba lloviendo, se entusiasmaron para festejar al pontífice». No solo eso, cada una pretende tomarse una foto con el Papa y tener su autógrafo. Francisco se queda con ellas todo el tiempo previsto para la siesta.

De vuelta a Río de Janeiro, Francisco se dirige al hospital San Francisco de Asís de la Providencia, especializado en la asistencia a toxicómanos. Lluve a cántaros mientras el Papa saluda a algunos pacientes del hospital y pronuncia un breve discurso bajo la marquesina de la entrada principal. «Abrazar, abrazar —dice—. Todos necesitamos aprender a abrazar a quien está necesitado, como lo hizo san Francisco. Hay tantas situaciones en Brasil, en el mundo, que piden atención, cuidado, amor, como la lucha contra la dependencia química. A menudo, en cambio, en nuestras sociedades, lo que prevalece es el egoísmo. ¡Cuántos “mercaderes de la muerte” que siguen la lógica del poder y del dinero a toda costa! La plaga del narcotráfico, que favorece la violencia y siembra el dolor y la muerte, requiere de un acto de valor de toda la sociedad».

El 25 de julio es el día del encuentro con los pobres y del primer abrazo con los jóvenes. Por la mañana, Francisco recibe las llaves de la ciudad de Río de Janeiro. Luego, va al encuentro de la comunidad que vive en la poblada favela de Varginha. Llega, baja del coche y avanza a pie entre las barracas, sin preocuparse por la lluvia, envuelto y casi arrollado por el incontenible cariño de la gente. Ningún protocolo, ninguna etiqueta, pocos sacerdotes en el séquito, muchas personas corrientes. Abraza a todos, escucha a todos, se deja llevar de aquí para allá. Recibe regalos, camisetas de colores, fotografías. Enjuga las lágrimas de una madre con una niña discapacitada entre los brazos envuelta en una manta rosa. Visita la pequeña iglesia parroquial, levantada entre las barracas de techos de chapa, con los tabiques a la vista porque no hubo dinero para recubrirlos. Su rostro se ilumina a cada abrazo, a cada beso, a cada apretón de manos. Entra con paso rápido por la pequeña puerta de una casa de paredes amarillas, una estancia de cuatro metros por cuatro, donde lo esperan 20 personas. Es una familia pobre, a la que Francisco visita lejos de las cámaras y de los fotógrafos. Los abraza como habría deseado hacer con cada familia brasileña. «Me hubiese gustado llamar a cada puerta, decir “Buenos días”, beber un *cafezinho*... ¡pero no un vaso de cachaza!», agrega bromeando, refiriéndose al aguardiente tan apreciado en América Latina. «Habría querido hablarles como a amigos de casa, escuchar el corazón de cada uno, de los padres, de los hijos, de los abuelos... ¡Pero Brasil es tan grande! ¡Y no es posible llamar a todas las puertas! Así que decidí venir aquí...».

En la pared de una casa cercana hay un mural gigantesco con el rostro de Óscar Romero, el obispo mártir de El Salvador. «¡Nadie puede ser insensible ante las desigualdades que aún existen en el mundo!», dice Francisco a la multitud que lo aclama en el campo de fútbol de la favela. La solidaridad «hoy es una palabra olvidada, parece casi una mala palabra». Sin embargo, aquí, en Varginha, el Papa —que no se cansa de repetir las palabras de Jesús: «Tenía hambre y sed y me dieron de comer y de beber; estaba desnudo y me vistieron»— viene a agradecer a «las personas más sencillas» su «valiosa lección de solidaridad». «Sé bien que

cuando alguien necesita comer llama a su puerta, y ustedes encuentran siempre una forma de compartir la comida: como dice el refrán, siempre es posible “echarle un poco más de agua a las judías”. Y ustedes lo hacen con amor, mostrando que la verdadera riqueza no está en las cosas sino en el corazón».

Entre la multitud que acoge a Francisco en la favela, junto a un grupo de jóvenes, está el padre Renato Chiera, de 72 años, originario de Villanova Mondovì, fundador de la Casa do Menor, una ONG que administra refugios para chicos de la calle. «Se ve que el Papa ama a esta gente —dice—. Ama a estos pobres, los abraza, no tiene miedo de ensuciarse. Estos chicos gritan su necesidad de amor. Aprovechan la ayuda material y la educación, pero sobre todo necesitan a alguien que los quiera».

Por la tarde, antes de la fiesta de bienvenida a la JMJ en la playa de Copacabana, hay una actividad fuera de programa. El Papa decide reunirse con miles de jóvenes argentinos y sus obispos. Alberto Gasbarri debe encontrar un lugar adecuado y logra en pocas horas organizar la cita en la catedral de Río. A un lado del altar, dominando la escena, está la Virgen de Luján, patrona de Argentina. Francisco da las gracias a sus compatriotas por haber viajado hasta Brasil y también a Alberto Gasbarri, quien «en tan solo medio día» organizó el encuentro. «¿Qué frutos espero de la JMJ? —pregunta Francisco a los miles de compatriotas congregados para escucharlo—. ¡Que echen relajo! Relajo en las diócesis, que salgan, quiero que la Iglesia salga a las calles; quiero que nos defendamos de todo eso que es mundanidad, comodidad, clericalismo, de estar encerrados dentro de nosotros mismos».

En el discurso improvisado de ocho minutos de duración, observa que la civilización actual «ha ido más allá de los límites, porque como consecuencia del culto tributado al “dios dinero” excluye a ancianos y a jóvenes». Por último, recuerda que la fe en Cristo no es una broma sino algo serio. «Existe el licuado de plátano, de naranja, de manzana..., pero, por favor, no beban licuado de fe. La fe es entera, es Jesús», dice, y suscita el aplauso de sus jóvenes compatriotas.

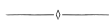
Poco después, Francisco llega por primera vez a la playa de Copacabana. Llega al fuerte, la antigua base militar ahora transformada en museo, donde está la gran sala de prensa; luego, sube al papamóvil abierto y recorre cinco kilómetros hasta la otra punta de la media luna de Copacabana, donde han montado un gran palco. Cientos de miles de jóvenes lo acompañan a lo largo de todo el recorrido. El Papa saluda, sonríe, pide constantemente que detengan el automóvil, besa y abraza a los niños que los guardias le acercan, baja para acariciar a los enfermos. Acepta beber un sorbo de mate, la bebida hecha a base de hierbas típica de Argentina, de los recipientes que los fieles desconocidos le ofrecen. Dentro del automóvil del pontífice los jóvenes lanzan de todo: camisetas, zapatos, gorras, rosarios, banderas. Al cabo de cada recorrido de ida y vuelta, el papamóvil parece un bazar, y los acompañantes de Bergoglio se ocupan de doblar y ordenar todo lo que «llueve» adentro. Un joven un tanto exaltado arroja un anillo de acero que podría lastimar al Papa, pero es interceptado por un guardia suizo. El entusiasmo de los jóvenes irá en aumento noche tras noche a lo largo de la playa de Copacabana.

El viaje consagra la modalidad con la que Francisco entra en contacto con la gente. «Hemos vuelto un poco al estilo de Juan Pablo II —nos explica Gasbarri—, cuando había que dejar a algunos grupos no solo la posibilidad de acercarse al Papa, sino incluso la libertad al pontífice de acercarse a la gente sin previo aviso. También Francisco, como el papa Wojtyla, decide cambiar de improviso. Pide que se acerquen personas que están detrás de las barreras, por ejemplo, en los aeropuertos. Dice: “Como ya saben, a mí el protocolo no me gusta...”, y se acerca».

Hay preocupación por la seguridad: desde hace algunas semanas en las calles de Río se protesta, incluso de manera violenta, contra el aumento de precios, la financiación pública del Mundial de Fútbol, el coste de la organización de la propia JMJ. Pero todo se atempera en los días en que el Papa está presente. No habrá ni accidentes ni violencia.

En el saludo inicial, Francisco recuerda que la JMJ fue con-

vocada en Río por Benedicto XVI: «Ustedes saben que antes de venir a Brasil hablé con él y le pedí que me acompañara en el viaje con la oración. Y él me dijo: “Los acompaño con la oración y estaré cerca de la televisión”. Así que en este momento nos está mirando». Luego, agrega: «Cuando miro este mar, la playa y a todos ustedes, me viene a la mente el momento en que Jesús llamó a los primeros discípulos a seguirlo hasta orillas del lago de Tiberíades. Hoy he venido aquí para confirmarlos en esta fe, la fe en el Cristo viviente que vive en ustedes, pero también he venido para ser confirmado por el entusiasmo de su fe. Ustedes saben que en la vida de un obispo hay muchos problemas que deben ser resueltos. Y con estos problemas y dificultades la fe de un obispo puede entristecerse. ¡Qué feo es un obispo triste! ¡Qué feo! ¡Para que mi fe no esté triste he venido aquí! ¡He venido aquí para que me contagien todos ustedes con su entusiasmo!».



El 26 de julio, Francisco confiesa a varios jóvenes en el parque de Boa Vista. Luego, en el palacio del arzobispado São Joaquim, se encuentra con un grupo de jóvenes presidiarios. En lo sucesivo, como se verá, los encuentros con los presos se volverán una constante, una de las citas más frecuentes en los viajes de Bergoglio. Por lo demás, cada 15 días acostumbra a llamar por teléfono a un grupo de jóvenes argentinos presos, y en su primer Jueves Santo quiso ir a celebrar la misa *in Coena Domini* al Casal del Marmo, una cárcel de menores.

Durante más de media hora, Bergoglio conversa con ocho jóvenes, seis chicos y dos chicas, retenidos en cuatro cárceles para menores del estado de Río. A los chicos, sentados en círculo alrededor del Papa, les han dicho que una semana después recibirán una buena noticia, probablemente un acto de clemencia. El clima es muy sereno y relajado, y los ocho presos se expresan libremente. La más joven del grupo, conmovida, canta una canción dedicada al pontífice y lee una carta escrita por las compañeras de prisión. Uno tras otro, los chicos se sientan junto al Pa-



pa y le piden que bendiga algunos objetos. Por último, le entregan una bolsa que contiene un rosario hecho con grandes esferas de polietileno y que tiene una cruz. Sobre la cruz se lee: «Candelaria nunca más». Es una referencia a los trágicos sucesos ocurridos la noche del 23 de julio de 1993 en Río de Janeiro, cuando más de 60 niños y chicos de la calle, que vagabundeaban por las calles del centro y se reunían para dormir en los alrededores de la iglesia de la Candelaria, fueron atacados por un grupo de policías. En cada una de las gruesas esferas de polietileno que forman el rosario está el nombre de los ocho chicos que resultaron muertos en lo que ha pasado a la historia como la «masacre de la Candelaria». El Papa repite: «Nunca más violencia: ¡solo amor!».

Durante la comida, Francisco comparte la mesa con algunos jóvenes de la JMJ, y después de mediodía, como es tradición en estas reuniones, se reza el vía crucis. Más de un millón de jóvenes espera al Papa, quien recorre en el papamóvil la playa de Copacabana. El espectáculo del día anterior se repite.

En un recorrido de casi 900 metros se han reproducido catorce estaciones del vía crucis. En la coreografía, particularmente elaborada, participan más de 700 actores, profesionales y voluntarios. Peregrinos de varias nacionalidades cargan la cruz por turnos. En cada estación se alternan personas en representación de minorías y grupos considerados socialmente más frágiles: mujeres, personas en silla de ruedas, toxicómanos y una religiosa que lucha contra el aborto.

Cuando toma la palabra, Francisco señala esa cruz que ha viajado durante 30 años por los caminos del mundo «quedando casi impregnada de las situaciones de vida de los muchos jóvenes que la han visto y la han llevado a cuestas. Nadie puede tocar la cruz de Jesús sin dejar en ella algo de sí mismo y sin llevarse algo de ella a su propia vida... Con la cruz, Jesús se une al silencio de las víctimas de la violencia que ya no pueden gritar, sobre todo los inocentes y los indefensos». Sin embargo, el mal no tendrá la última palabra, porque «Jesús nos da esperanza y vida: ha trans-

formado la cruz de instrumento de odio, de derrota, de muerte, a señal de amor, de victoria y de vida».

La humedad y el frío del invierno tropical de Río se empiezan a notar mientras el Papa recorre la playa de vuelta saludando y estrechando manos.

La jornada del sábado 27 de julio se inicia con la misa celebrada en la catedral de Río para los obispos, el clero y los religiosos. En la homilía, Francisco cita a la madre Teresa de Calcuta: «Es en las favelas, en las *villas miseria*, adonde se debe ir a buscar y a servir a Cristo. Debemos ir a ellas como el sacerdote que se dirige al altar con alegría... Recuerdo mi sueño de joven: ir como misionero al lejano Japón. Dios, no obstante, me mostró que la tierra de mi misión estaba más cerca: mi patria. No podemos quedarnos encerrados en la parroquia, en nuestras comunidades, cuando tantas personas están a la espera del Evangelio. ¡No es simplemente abrir la puerta para acoger, atravesar la puerta para buscar y encontrar!».

Inmediatamente después de la misa, en el Teatro Municipal de Río, el Papa se reúne con políticos y dirigentes de Brasil, a los cuales les explica que «el futuro exige una visión humanitaria de la economía y una política que implemente cada vez más la participación de la gente, que evite los elitismos y erradique la pobreza», citando al profeta Amós y la advertencia de Dios a aquellos que «pisotean como al polvo de la tierra la cabeza de los pobres».

Por último, saluda a un indígena de la etnia pataxó del Amazonas y por un momento se pone un tocado de plumas de papagayo.

Durante la comida, Bergoglio se encuentra con los obispos brasileños, a los cuales hace entrega del texto de un discurso articulado y profundo que habla de la Iglesia. Es casi una sacudida, que marca un paso adelante en el camino del pontificado y hace que emerja, como no había ocurrido antes de manera tan completa, el mensaje del nuevo Papa. La Iglesia, dice, «no puede alejarse de la sencillez» porque actuando así se acaba por perder «a aque-

llos que ya no nos entienden. Hay que recuperar la gramática de la sencillez». La Iglesia misma «quizás ha resultado demasiado débil, quizá demasiado lejana de sus propias necesidades, quizá demasiado pobre para responder a sus inquietudes, quizá demasiado fría hacia ellas, quizá demasiado autorreferencial, quizá prisionera de sus propios lenguajes rígidos».

¿Qué hacer, entonces, con aquellos que se han alejado de la Iglesia? No hay que tener miedo de «salir a su noche» de «interceptar su camino». Ahora no sirven los lamentos, sino una «Iglesia capaz de hacer compañía, que acompañe poniéndose en camino con la gente». La pregunta del Papa es dramática: «¿Somos aún una Iglesia capaz de dar calor al corazón?». Para ser misioneros y alcanzar a los alejados, es necesaria «una Iglesia capaz de redescubrir las entrañas maternas de la misericordia. Sin la misericordia, hay muy poco que hacer hoy para encajar en un mundo de “heridos”, que necesitan comprensión, perdón, amor». Y no condenas ni frías regañinas doctrinales.

Francisco agrega, además, que es importante «reforzar» la familia, a los jóvenes, a las mujeres, «que tienen un papel fundamental en transmitir la fe». «No reduzcamos el compromiso de las mujeres en la Iglesia; antes bien, promovamos su papel activo en la comunidad» porque «perdiendo a las mujeres, la Iglesia corre el riesgo de la esterilidad».

Pero en el discurso a los obispos hay espacio también para un fuerte llamamiento sobre el medio ambiente y la creación. «No se va al Amazonas para abandonarlo después de haberlo explotado —dice el Papa, y agrega—: La creación no puede ser explotada salvajemente».

Por la noche, se celebra la gran velada que precede a la última jornada de la JMJ. Es tradición que el lugar escogido para esta última cita sea distinto de aquellos donde se han llevado a cabo los encuentros anteriores, porque al finalizar la velada los jóvenes acampan y duermen en el lugar en espera de la última misa del día siguiente. Estaba previsto que los jóvenes se dirigieran al Campus Fidei de Guaratiba, pero el mal tiempo y la lluvia transfor-

maron la gran planicie acondicionada en un mar de lodo. Así que se decide seguir usando la playa de Copacabana.

A partir de mediodía, miles de jóvenes llegan de todos los rincones de la ciudad y de los suburbios de Río. Forman largas filas pacíficas, cantando y bailando. El palco está repleto de obispos. Los jóvenes —se calcula que son millones— los incorporan a algunas coreografías sencillas. Un verdadero *flash mob*. Luego, una vez más, Francisco recorre la avenida Atlántica, la paralela a Copacabana.

El tema de la conferencia del Papa es la misión: «He seguido atentamente la noticia acerca de los muchos jóvenes que en muchas partes del mundo han salido a las calles para expresar su deseo de una civilización más justa y fraternal. Sin embargo, queda la pregunta: ¿Por dónde empezar? ¿Cuáles son los criterios para la construcción de una sociedad más justa? Cuando le preguntaron a la madre Teresa de Calcuta qué debería cambiar en la Iglesia, respondió: “¡Tú y yo!”. Queridos amigos, no lo olviden: ¡Ustedes son el campo de la fe! ¡Son los atletas de Cristo! ¡Son los constructores de una Iglesia más bella y de un mundo mejor!».

Al finalizar la velada, después de la adoración del Santísimo Sacramento y de algunos minutos de un impresionante silencio, el entusiasmo volvió a estallar y acompañó la vuelta del Papa, congelado de frío por no haberse puesto el abrigo.

El domingo 28 de julio, Francisco regresa a la playa para volver a encontrarse con los jóvenes y celebrar juntos la misa con la que concluye la JMJ. En los ojos conserva aún la imagen memorable de los millones de jóvenes que han rezado con él en la playa de Copacabana. En la homilía los exhorta: «No tengan miedo de ir y llevar a Cristo a cada ambiente, hasta las periferias existenciales, incluso a quien parece más lejano, más indiferente». Dios «busca a todos, quiere que todos sientan el calor de su misericordia». Evangelizar «es dar testimonio del amor de Dios en primera persona», es superar nuestros egoísmos, es servir inclinándonos a lavar los pies de nuestros hermanos como hizo Jesús».

Durante el ofertorio, le presentan al Papa a una niña enferma de anencefalia. Bergoglio ha conocido a sus padres la mañana del día anterior, después de la misa en la catedral, y los ha invitado a participar en esa liturgia. Los niños nacidos sin cerebro generalmente no sobreviven, pero los padres decidieron llevar adelante el embarazo incluso después de saber de la grave malformación y, en contra de todas las previsiones, la niña aún sigue con vida.

El primer viaje internacional concluye con un nuevo discurso programático que el Papa deja al comité de coordinación del Celam. También en este caso sus palabras están destinadas a llegar más allá de las fronteras del continente americano. Francisco pide ante todo poner en clave misionera las actividades habituales de las Iglesias locales, recuerda la necesaria «conversión pastoral» propuesta en el documento final de Aparecida de 2007 y plantea algunas preguntas a los obispos: «¿Actuamos de modo que nuestro trabajo [y el de nuestros sacerdotes] sea más pastoral que administrativo?». ¿Quién es el principal beneficiario del trabajo eclesial, «la Iglesia como organización o el pueblo de Dios en su totalidad?». Además, el Papa pide cuentas de cómo son valorados los laicos: «En la práctica, ¿los hacemos partícipes de la misión? ¿Los apoyamos y acompañamos, superando cualquier tentación de manipulación o indebida sumisión?».

Por eso, entre las varias tentaciones que cita, está también la representada por quienes, ante los males de la Iglesia, buscan «una solución solo disciplinaria, en el restablecimiento de conductas y costumbres arcaicas». Otras tentaciones están representadas por el «funcionalismo», es decir, por una concepción «que no tolera el misterio» y reduce «la realidad de la Iglesia a una ONG», y por el «clericalismo».

Que los obispos, concluye Bergoglio, «sean pastores cercanos a la gente», pacientes y misericordiosos. Deben amar la pobreza, incluso la exterior, como «sencillez y austeridad de vida», sin tener un temperamento aristocrático, «psicología propia de los príncipes», y sin ser ambiciosos.